

La canción secreta del mundo

José Antonio Cotrina

José Antonio Cotrina

**La canción secreta del
mundo**

**Universo Entre Líneas
Ediciones Lo Maravilloso**

©*La canción secreta del mundo*, José Antonio Cotrina

©de esta edición de 2021, Ediciones Lo Maravilloso

©de la cubierta, Libertad Delgado

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

A Gabriella y los mapas que conducen hasta ella

«Se mire como se mire, todo empieza con una matanza».
En la corte del lobo, Hilary Mantel

Prólogo

Un saco de niños muertos

Era una mañana cualquiera, una mañana entre tantas.

Una mañana tan común que parecía que no podía ocurrir nada reseñable en ella. Llegaba el invierno y el bosque había amanecido cubierto de escarcha. Las nubes se movían lentas por el cielo plumizo, venidas de ninguna parte, camino a ningún lugar.

La puerta ruínosa que se alzaba en aquel claro era tan peculiar como el hombre desgarrado que se aproximaba a ella. Este llevaba un gorro gastado de aviador, una gabardina negra y un saco al hombro. Caminaba a paso vivo y la sombra que proyectaba no era siempre igual, a cada zancada variaba de aspecto. A veces el charco de oscuridad a sus pies adoptaba un número de brazos y piernas que no se correspondía con el cuerpo del que surgía, en otras ocasiones era un borrón amorfo que no guardaba relación alguna con nada que estuviera acostumbrado a contemplar el ojo humano. El extraño individuo llevaba un revólver y una espada en bandolera, ambos envueltos en una luz verdosa enfermiza. Pero lo más singular de su apariencia no era ni su sombra ni sus armas; lo que más llamaba la atención era el saco que cargaba. Era de tela basta y, aunque su contenido quedaba oculto a la vista, las formas que este adoptaba contra el tejido resultaban lo bastante siniestras como para hacerse una idea de su naturaleza.

El hombre del saco y su sombra cambiante atravesaron el claro hasta llegar a la puerta en ruinas. Era enorme, fabricada en madera grisácea, de arco apuntado repleto de tallas; a su alrededor todavía quedaban rastros del muro donde se había abierto: ladrillos destrozados que se abrazaban a su contorno como si tuvieran miedo a caer. Más allá de la puerta no había nada, solo la misma extensión de terreno baldío que conducía a ella. El arco se combó para moldear lo que bien podía tomarse por una sonrisa sarcástica; aquel movimiento estuvo acompañado de un crujido de madera forzada. Los bajorrelieves que la adornaban parecieron agruparse en la curva superior, formando dos sombras semejantes a ojos entornados.

—¿Quién se acerca? —se escuchó decir. La voz procedía de la misma puerta. Era una voz cascada y quebradiza, la voz que tendría la madera si hablara—. ¿Quién se atreve a entrar en los dominios de la Carroña?

—Que el Rey Muerto te lleve —rezongó el hombre. Su tono era ronco y su aliento apestaba a aguardiente—. Sabes bien quién soy.

—Igual que sé lo que llevas al hombro, Legión —añadió la voz de madera—. Un saco de niños muertos, nada más y nada menos. Dime, ¿te sobra alguno para dar de comer a una puerta hambrienta?

—Que lo decida Barrabás. Franquéame el paso, maldita, o te reventio a balazos.

La puerta rio y, mientras lo hacía, sus hojas se abrieron, despacio, hacia dentro, mostrando un paraje que en nada tenía que ver con el que se podía contemplar si se miraba más allá de su marco y el muro: tras el umbral se veía un patio descuidado, de losas grandes manchadas de musgo negro, que antecedió a un edificio enorme cuyas formas sombrías tenían, a la par, aire de castillo y de mansión abandonada.

Legión se acomodó mejor su carga macabra al hombro y atravesó la puerta. Esta se cerró a su paso mientras hablaba con su voz de carcoma y astilla:

—Que la oscuridad te proteja, que las sombras te amparen. Aquí mora la Carroña. Sé bienvenida, criatura sin alma: estás en casa. Estás en la Umbría.

Por toda respuesta, Legión soltó un gruñido.

El cielo de la mañana desapareció en cuanto puso un pie al otro lado del umbral. Se hizo de noche; una noche profunda, sin estrellas, que flotaba en las alturas como un espectro colosal. La puerta seguía a su espalda, pero aparecía ahora encajada en una muralla de ladrillo rojo que rodeaba el patio y la casa fortaleza. El detalle más peculiar de aquel edificio, aparte del aura de malignidad que flotaba a su alrededor, era que carecía por completo de ventanas: no había ni la menor abertura en sus muros, lo que le daba un aspecto aún más rotundo y real. El hombre del saco aceleró el paso. No se dirigió a la entrada principal, bordeó la fachada hasta dar con una puerta semio-culta entre pilares.

Llamó con los nudillos y la puerta, al tercer golpe, se abrió con un quejido somnoliento, dejando ver una escalera de caracol que se hundía en las profundidades. Antes de entrar, el hombre se quitó el gorro y lo enganchó en una presilla de su cinto. Sintió un fuerte retortijón en las entrañas al pisar el primer peldaño. Un hechizo nocivo se le había echado encima, pero retrocedió al reconocerlo. La magia defensiva de la casa se replegó, le permitió el paso y Legión, tras musitar un juramento, comenzó el descenso.

Cada giro completo de escalera conducía a un pasillo. Legión los ignoraba por sistema. Mientras bajaba llegaban hasta él los sonidos más diversos, procedentes de las galerías que desembocaban en la escalinata: ruido de maquinaria, de cadenas, de metal contra metal, latigazos, borboteos, gritos, gemidos y súplicas que nadie atendía... Un pandemonio que hablaba de tortura, horror y encierro. Alguien lloraba, un niño tal vez, y su llanto quedó tapado por la risa brutal de su torturador. En el descansillo de uno de esos pasajes se topó con una mujer embutida en una bata manchada de sangre. Llevaba unas gafas anticuadas y un bozal de cuero. Los dos intercambiaron un saludo con la cabeza antes de proseguir camino: ella hacia arriba y él hacia abajo.

Tras largo rato de descenso, los peldaños lo condujeron al fin a la planta que buscaba. Allí, al otro lado de un pasillo corto, se veía una única puerta, de color negro. Ese era su destino.

Alargaba la mano hacia el pomo de la puerta cuando esta se adelantó a su deseo y se abrió. La estancia a la que fue a parar estaba iluminada por pebeteros y velas colocadas de mala manera sobre cualquier superficie lo bastante plana como para sustentarlas. El lugar estaba atestado de trastos, alambiques, jarras de contenido ignoto, libros deteriorados y mucho, muchísimo polvo. Una gran mesa con forma de L ocupaba la pared opuesta a la puerta. Ante ella, encorvado en una banqueta dotada de ruedas, se sentaba un anciano esquelético que en aquel preciso momento mantenía su vista fija en un libro abierto ante él. Legión alcanzó a ver que la cubierta del libro despedía un brillo ambarino tenue.

—Te has hecho de rogar, Legión —le recriminó el anciano mientras se giraba en el asiento. Tenía aire rapaz, un deje de ave carroñera ansiosa de alimentarse. El torso desnudo y lampiño, la delgadez extrema y la nariz aguileña favorecían aún más esa impresión. Parecía un buitre reconvertido en ser humano.

—Ha sido complicado encontrar cuatro niños recién muertos, Barrabás —se disculpó—. No crecen en los árboles, ¿sabes?

El anciano asintió con desgana y prolongó el último asentimiento de cabeza para señalar la mesa tras él.

Legión se acercó a ella, tomó el saco con ambas manos y, tras desatar la cuerda que lo mantenía cerrado, volcó el contenido sobre la mesa. El ruido de los pequeños cadáveres al caer sonó triste y blando, pero ninguno se conmovió en lo más mínimo.

—¿Todos nacidos muertos? —preguntó el llamado Barrabás.

El otro asintió.

—Ninguno estaba vivo al salir de su madre. Y todos son recientes, al menos todo lo recientes que he podido encontrar dadas las circunstancias. Niños puros, muertos sin violencia. Justo como pedías.

Barrabás movió la banqueta a lo largo de la mesa hasta acercarse al montón de cuerpecillos inertes. Se inclinó hacia delante, tan doblado sobre sí mismo que parecía que las vértebras de su espalda iban a salir disparadas. Su nariz huesuda comenzó a agitarse en un olfateo frenético. Tomó a uno de los niños por una pierna y lo hizo a un lado.

—Demasiado tiempo muerto —gruñó—. Y esta niñita también, debió de morir días atrás en las entrañas de su madre —señaló mientras la apartaba sin contemplaciones. A continuación olfateó con detenimiento los dos cuerpos restantes—. Estos en cambio... —Se relamió mientras proseguía su escrutinio—. Sí, sí. —Los ojos le brillaban—. Estos son perfectos. Justo lo que necesitábamos.

El anciano tomó ambos cadáveres, un niño y una niña, y los llevó consigo hasta el otro extremo de la mesa. Allí se encontraba un aparato con aspecto de gran máquina de coser a la que hubieran añadido un complicado conjunto de probetas y matraces, repletos todos de líquidos burbujeantes. Junto a la máquina había un tablero de control plagado de palancas, ruedas y diales, y, a su lado, un montón de utensilios de filo: tijeras, agujas, bisturíes, cuchillas y escalpelos.

—¿Puedo quedarme a mirar? —preguntó Legión.

—Puedes hacer lo que te venga en gana siempre que no molestes —le respondió Barrabás mientras se levantaba de la banqueta y se acercaba a una estantería con paso rápido. Aquellos niños servirían, pero no podía demorarse mucho o los perdería también a ellos.

Tomó de un estante, con suma delicadeza pese a la urgencia, un bote repleto de licor amarillento. En su interior flotaban dos ojos, ambos negros por completo, sin rastro alguno de blancura ni división de iris y pupila, dos esferas que parecían moldeadas en alquitrán. Llevó el bote junto a la pareja de niños muertos. Se sentó de nuevo en la banqueta, colocó a la niña en el extraño artificio, puso los pies en los pedales que accionaban este y lo activó. Al momento, el líquido de los matraces y probetas rompió a bullir. Un chirrido punteaba cada pedaleo del anciano.

De la espalda nervuda de Barrabás comenzaron a surgir extremidades. Brotaban alrededor de sus omoplatos, de su columna, de su cintura... Eran brazos delgados, de manos pequeñas y dedos minúsculos que se abalanzaban nada más aparecer hacia los controles de la máquina y los utensilios cortantes. Un par de manos tomaron el frasco de los ojos negros, lo abrieron con destreza y extrajeron uno de ellos. El caos de brazos fue pronto de tal magnitud que Legión, desde donde estaba, dejó de ver al anciano. Los pies accionaban los pedales

de la rueca cada vez más deprisa. Barrabás susurraba para sí, absorto, perdido en su tarea.

Legión se retiró un paso y contempló la actividad frenética del brujo. Durante largo rato los únicos sonidos en la estancia fueron el traqueteo de la máquina, el canturreo del anciano y el bullir de líquidos.

Luego, de pronto, una niña muerta rompió a llorar.

Catorce años después

El edificio, un caserón enorme situado en el casco antiguo de Berlín, comenzó a arder pasada la medianoche. Los vecinos del inmueble oyeron una explosión potente justo antes de que el incendio se declarara, con lo que, en principio, se achacó el fuego a una fuga de gas. Dos dotaciones de bomberos se presentaron en la zona y comenzaron de inmediato las labores de extinción al tiempo que la policía desalojaba las viviendas vecinas por miedo a que el incendio se extendiera.

La casa era un anticuado edificio con un jardín maltrecho, repleto de matojos desde los que atisbaba un columpio vetusto. Una de las alas de la casa estaba en llamas y buena parte de su fachada se había venido abajo; la otra ala y la zona central, en cambio, todavía se encontraban a salvo del fuego. Mientras un grupo de bomberos se dedicaba a controlar el incendio, otro grupo entró en el caserón para socorrer a las posibles víctimas. No habían pasado ni dos minutos cuando un miembro del contingente salió de la casa, con el casco en la mano y el semblante lívido. «Está lleno de muertos», anunció. Y tanto el tono de su voz como su aspecto dejaron claro que lo que habían encontrado estaba muy lejos de ser el escenario normal de un incendio.

Con la entrada asegurada, los primeros policías entraron en la vivienda. Los cadáveres estaban repartidos por todo el lugar, tan despedazados que resultaba imposible hacerse una idea de su número. El incendio había cortado el suministro eléctrico, y los policías y

bomberos avanzaban bajo el resplandor de las linternas. Su luz movediza iluminaba la carnicería. La sangre lo manchaba todo. Una de las linternas alumbró algo imposible: un antebrazo enorme, tres veces superior a lo normal, velludo y musculoso, de uñas negras y afiladas. No encontraron más restos de aquel coloso, pero sí dieron con sus huellas, pisadas descomunales impresas en sangre que desaparecían de pronto en mitad de una sala abarrotada de cuerpos carbonizados.

Nadie daba crédito a lo que veía. Entre aquellas paredes había tenido lugar una verdadera batalla, no había otro modo de describirlo. Se veían armas de todo tipo esparcidas por el suelo: espadas, dagas, revólveres de aspecto extraño... La sensación de irrealidad en la que estaba sumido el grupo de bomberos y policías iba en aumento a medida que se adentraban en el edificio.

Pronto encontraron las primeras llamas. Hasta el fuego tenía un aspecto acorde con aquel ambiente de pesadilla: un tono amarillento, bilioso. El humo que culebreaba en las alturas parecía casi un ser vivo que intentara ocultarse a la vista. El agua a presión de las mangueras fue extinguiendo el fuego y facilitó el avance de los bomberos. Y mientras proseguían la marcha, más y más cadáveres les salieron al paso. Descubrieron el cuerpo de una mujer desnuda clavado en la pared por un arpón descomunal; tenía los ojos cubiertos por una venda en la que aparecía dibujado un ojo de pupila irisada que, a la luz de la linterna y al resplandor del fuego, parecía moverse, vigilante y atento. Más adelante, para su sorpresa, se encontraron con un caballo muerto; estaba tumbado de costado con el vientre abierto y las tripas fuera. La presencia de aquel animal fue tan perturbadora que nadie se dio cuenta de que tenía un cuerno en la frente.

Por fin, tras una eternidad de horrores y cuerpos desmembrados, llegaron al que parecía ser el epicentro de la explosión. Tras un duro batallar contra el fuego pudieron comprobar el estado ruinoso en que había quedado la estancia. Los tabiques estaban hechos añicos, los muebles eran irreconocibles y los restos humanos que salpicaban el lugar eran demasiado pequeños como para identificar a qué parte del cuerpo pertenecían. Pero lo más sorprendente de todo era que, en mitad de aquella devastación, había un espacio para la calma: un

círculo de metro y medio de diámetro que, de modo asombroso, no había sido tocado por la destrucción: el entablado del suelo estaba entero, limpio de mugre y ceniza, y hasta se podía ver una silla intacta, tumbada de costado allí dentro.

En el centro de esa isleta estaba tendida la niña, una joven de unos catorce años, hecha un ovillo. Un bombero fue el primero en reaccionar ante aquella presencia insólita y acercarse. Justo cuando llegaba al borde de aquel círculo imposible, pareció chocar contra el aire, como si se hubiera topado con una barrera invisible.

Dio un paso atrás, sacudió la cabeza y avanzó de nuevo, con más precaución esta vez. Fuera lo que fuera lo que le había impedido acercarse en primera instancia había desaparecido. Se acuclilló junto a la niña y la examinó con cuidado. Era una muchacha morena, de pelo largo y rasgos muy marcados. Mostraba una quietud de piedra que le hizo pensar que el milagro no era tal y que estaba muerta. Pero de pronto la joven abrió los ojos de par en par y se incorporó, con tal celeridad que el bombero estuvo a punto de perder el equilibrio, asustado por el movimiento brusco. Por un momento, pensó que a la chica le faltaba el ojo izquierdo, pero no tardó en darse cuenta de que lo que había tomado por una cuenca vacía era en realidad un ojo negro por completo, sin iris ni pupila. La joven estaba aterrorizada.

—¡Ariadna! —gritó y la angustia de su voz eclipsó la devastación que los rodeaba. Fue como si todos y cada uno de los cadáveres que habían encontrado en la casa le hubieran prestado su voz para que pusiera en palabras el horror que habían vivido allí esa noche—. ¡Ariadna! —repitió.

Luego cayó inconsciente, sumida en un desmayo profundo del que tardaría días en regresar.

PRIMERA PARTE

Ari

1

Por quinta noche consecutiva, Ari tuvo el mismo sueño. En él marchaba a través de una ciudad en brumas, sabedora de que algo la perseguía y que no mostraría piedad de alcanzarla; ella, al mismo tiempo, buscaba algo entre los edificios mal dibujados, borrosos, que la rodeaban: algo importante, algo que había perdido.

Lo más significativo no era que sus sueños fueran calcos idénticos unos de otros, lo más llamativo era que hasta cinco días antes, Ari no había soñado jamás. Al menos no lo había hecho en los últimos cuatro años, los únicos de los que tenía memoria. Fue tal su sorpresa que la primera noche despertó sobresaltada, incapaz de comprender qué era aquello que se había abierto paso en su mente dormida. Sabía de la existencia de los sueños, por supuesto, y, tras el desconcierto inicial, comprendió que de eso se trataba, pero aun así tardó en tranquilizarse. De hecho no volvió a dormir hasta muy entrada la madrugada.

Noche tras noche, el sueño se repitió, con variaciones, aunque idéntico en lo esencial: esa búsqueda constante, ese saberse perseguida..., pero fue en esa quinta ocasión cuando comenzó a inquietarse de verdad. Hasta entonces, la ciudad que había atravesado en esos sueños había sido una masa difusa de sombras y claroscuros, pero en ese quinto sueño había comenzado a reconocer los edificios y calles

que le salían al paso: era su ciudad, era Madrid y muy cerca de su barrio además.

Pero no fue eso lo que la perturbó. Lo que la inquietó de verdad fue que, mientras soñaba, supo que aquello que la buscaba estaba más cerca que nunca, tanto que no tardaría en darle alcance. Ari caminaba deprisa por las calles, bajo una lluvia rápida y fría. En los cielos brillaba el sol de la mañana, pero su luz apenas conseguía abrirse paso a través del manto de nubes negras que pendía sobre la ciudad.

Una vaharada repentina de podredumbre le llegó desde una bocacalle próxima. Supo que su perseguidor estaba allí, justo a unos metros de distancia, a punto de descubrirla. Escuchó su respiración, un bramido discontinuo, un olfateo atroz y bestial. Se forzó a desandar el camino, muy despacio. Estaba perdida, lo sabía. No podía apartar la vista de la bocacalle. Allí una sombra iba cobrando forma, algo enorme, grotesco. Aquello, fuera lo que fuera, no era humano. Y estaba a un segundo de mostrarse.

De pronto, para su alivio, un sonido estridente la sacó del sueño. Por un instante pensó que era el despertador y manoteó en su búsqueda sobre la mesilla, pero no tardó en darse cuenta de que lo que sonaba era su móvil.

—Dime lo más asquerosamente romántico que se te ocurra, ¡deprisa! —apremió la voz al otro lado cuando contestó. Era Marc, su novio.

—¿Qué? —preguntó ella mientras se incorporaba en la cama, con el teléfono pegado a un lado de la cara y una sábana en el otro. El despertar brusco, la angustia del sueño y aquella petición insólita e inesperada la aturdieron. Miró de soslayo el reloj de la mesilla. Los números luminosos anunciaban que eran las diez de la mañana. No solía despertarse tan tarde.

—¿Has visto el tiempo que hace? —le preguntó Marc—. Lluve a cántaros y hace un frío polar. ¡Necesito algo que me anime a salir de la cama! ¡Dime algo bonito o hibernaré hasta la primavera! ¡No me verás durante meses! ¿Podrás soportarlo?

—Ponme a prueba —gruñó ella con voz pastosa mientras, poco a poco, volvía a la realidad—. Arghs. Me apesta el aliento a rata muerta.

—Eso no es muy romántico —se quejó el muchacho.

—Y tengo que ir al baño —dijo Ari—. Con urgencia además. ¿Quieres que me lleve el teléfono allí? Podemos seguir charlando mientras estoy sentada en la taza.

—No estoy preparado para dar ese paso en nuestra relación —confesó Marc con voz pausada y profunda—. Y no sé si lo estaré nunca. Te veo a las doce, ¿verdad?

—A las doce en el bar del Caníbal —confirmó ella—. Si es que verme es suficiente motivo para salir de la cama.

—Deja que lo piense —pidió él—. Eres mona y me haces reír. Y a veces hueles muy bien. —Se escuchó un suspiro pesado—. Motivos de sobra para meterte a ti dentro de mi cama, pero ¿para salir yo? No lo sé, no lo sé...

Ari soltó una carcajada.

—Te quiero, imbécil —le dijo—. ¿Te parece lo bastante romántico o busco un insulto mejor?

—El imbécil me ha llegado al alma —aseguró él—. A las doce me tendrás allí. Te quiero, boba.

—Más te vale —dijo ella.

La joven se permitió otra sonrisa mientras colgaba. Aquellos «te quiero» insultantes eran el único resquicio que permitían a la ñoñería en su relación. Nada de romanticismo ni sensiblería, ese fue el acuerdo y, de momento, ambos estaban cumpliendo. Se estiró en la cama, con los brazos extendidos sobre su cabeza y las manos entrelazadas.

De pronto, el recuerdo vívido del sueño que acababa de tener se abalanzó sobre ella. En la penumbra de su cuarto había demasiadas sombras, demasiados bultos que no lograba identificar. De nuevo regresó la sensación de ser perseguida; aún peor, la sensación de que algo terrible estaba a punto de darle alcance. De la intranquilidad pasó a la verdadera alarma. Buscó el émbolo de la lámpara de su mesilla y encendió la luz. Al instante, las sombras se convirtieron en los objetos familiares de su habitación: sus muebles, la ropa colgada de una silla, las marionetas de su madre, la mochila en el suelo... Ningún monstruo acechaba. Todo estaba en calma.

2

La criatura avanzaba a trompicones por el suelo encharcado del callejón. Medía más de dos metros y estaba recubierta por una coraza natural de brillante color negro; en cada una de las placas que conformaba su piel había grabada, de forma tosca, una runa. Caminaba encorvada, como si el peso de la multitud de huesos retorcidos que emergía de su espalda le impidiera erguirse. Abría y cerraba sus zarpas sin dejar de olfatear.

El olor de su presa todavía pendía del aire, a pesar de la lluvia intensa que descargaba el cielo. La luz escasa del sol de invierno resbaló por su piel corácea cuando abandonó las sombras de la calleja para salir a una amplia avenida.

Los coches circulaban despacio bajo el aguacero, con las luces encendidas, ajenos al monstruo que acababa de aparecer en mitad de la acera. La calle estaba casi desierta, solo se veía a una mujer entrada en años armada con un carrito y un paraguas que a duras penas lograba sostener ante las acometidas del viento. La anciana pasó a un metro escaso de aquel horror, sin dar muestra de ser consciente de su presencia. Los ojos hundidos y apagados del monstruo también la ignoraron. Miró calle arriba y luego calle abajo, sin parar de ventear el aire. Su mandíbula inferior era mucho más larga que la superior y dejaba al descubierto un entramado de colmillos afilados tan irregulares como el caos de huesos que crecía de su joroba. La mujer, sin saber muy bien por qué, detuvo su lucha contra la lluvia, soltó el carrito y se santiguó con rapidez antes de continuar su camino.

El monstruo, un segundo después, continuó el suyo.

3

Ari limpió el vaho que empañaba el espejo con el dorso de la mano para poder contemplar su reflejo. Luego procedió con la larga

ceremonia de cepillarse el pelo. Le llegaba a media espalda y estaba orgullosa de él; era un cabello negro, sedoso y brillante. Había quien aseguraba que era guapa, pero ella no compartía en absoluto esa opinión. Se veía la barbilla demasiado pequeña, la nariz respingona y las orejas grandes. Se habría calificado a sí misma como anodina de no ser por ese rasgo tan peculiar de su fisonomía que le procuraba tantos quebraderos de cabeza: sus ojos.

Como solía hacer con frecuencia, Ari cubrió el izquierdo con la palma de la mano mientras estudiaba el derecho. Era hermoso, perfecto, un ojo de un azul claro que hacía pensar en cielos de amanecida y estanques en calma. Si el otro hubiera sido igual, hasta ella misma se habría atrevido a considerarse guapa. Cubrió entonces el derecho con la mano y abrió el izquierdo.

Ese ojo era diferente por completo, no solo a su pareja: era diferente a cualquiera que hubiera visto en otro ser humano. Era de un negro uniforme, sin pupila distinguible ni rastro de blanco en la esclerótica. Durante los primeros meses de adopción sus padres la habían llevado a un par de especialistas, pero estos se habían limitado a catalogarlo como un curioso caso de heterocromía, esa rara singularidad en que los ojos, ya fuera por genética o enfermedad, eran diferentes el uno del otro. Su ojo izquierdo funcionaba a la perfección, lo único anormal era su color; una oscuridad tenebrosa que, contemplada desde cierto ángulo, creaba la impresión de ser una cuenca vacía. Para evitar preguntas y miradas de extrañeza, llevaba casi siempre puestas gafas de sol y fingía sufrir un caso grave de ftofobia. También solía ponerse una lente escleral, una lentilla que cubría por completo la superficie del ojo y que copiaba la apariencia del derecho. Aun así muchos llegaban a pensar que Ari tenía un ojo de cristal.

Acarició con la yema de los dedos el contorno de aquel ojo oscuro. Había algo sobre él que nunca se había atrevido a contar a nadie, ni a su oftalmólogo ni a los psicólogos y psiquiatras que había visitado durante tanto tiempo: a veces, a través de él, veía cosas que no debería ver. Le costaba expresarlo en palabras, era una suerte de visión profunda, como si lograra asomarse al alma de las personas

que contemplaba. En ocasiones, podía averiguar si alguien estaba furioso solo con mirarlo, aunque no diera muestra de ello, por ejemplo, o saber si algo le preocupaba a pesar de lo que pudiera decir su apariencia. Al principio achacó esas «intuiciones» a la casualidad, pero después de acertar tantas veces comprendió que, gracias a aquel ojo tan peculiar, era capaz de distinguir los sentimientos de los demás siempre y cuando estos superaran cierta intensidad. Había sido así como se había enterado de que Marc estaba enamorado de ella.

Recordaba aquel día con toda claridad, a pesar de los dos años transcurridos desde entonces. Regresaban ambos a casa tras un largo día en clase. La jornada había sido más aburrida de lo habitual y, como si buscara compensar, Ari no había dejado de parlotear desde que habían salido del instituto. En primer lugar le contó con todo lujo de detalles cómo iba a conquistar el mundo gracias al ejército de autómatas alados que su padre estaba construyéndole en el sótano. Después le relató cuales iban a ser las primeras medidas que iba a poner en marcha una vez consolidara su poder.

—Antes de nada ejecutaré a Josefina y a Clara. —Eran dos de las profesoras más desagradables que tenían que sufrir ese curso—. Algo doloroso y humillante. Las condenaré a ser devoradas vivas por tortugas.

—¿Las tortugas comen carne? Creía que comían lechuga y esas cosas.

—Las mías lo harán. Ya me encargaré yo de ello —aseguró—. Comerán carne muuuuuuy despacio. Lo segundo será cambiar el nombre al planeta —continuó—. ¿Tierra? ¿A quién se le ha ocurrido semejante bobada? ¿Por qué no Barro o Roca ya puestos? No, nada de Tierra. A partir de ahora todos conocerán este planeta como Bella Ariadna. Y haré tallar mi rostro en la superficie de la Luna para que todos caigan admirados por mi hermosura.

—Y cegados por tu humildad.

—Calla, hereje —dijo mientras lo miraba con el ceño fruncido de forma teatral—. Y ten cuidado con lo que dices si no quieres ser el Real Encargado de Limpiar el Cepillo de Dientes de su Sagrada Majes...

Fue entonces cuando lo vio. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que Marc sentía por ella. Y no fue por el modo en que la miraba, ni por su gesto ni por la expresión de su rostro. Simplemente, por un instante, se asomó a su alma con aquel ojo que parecía bañado en pez y ese sentimiento se reveló ante ella, fulgurante. Fue una certeza absoluta, aún más rotunda que si le hubiera confesado su amor de viva voz. Porque las palabras podían mentir, pero aquel lenguaje más allá del verbo no podía hacerlo. Marc la amaba.

Y, como siempre, Ari no fue capaz de callarse a tiempo:

—¡Me quieres! —le espetó, perpleja, mientras se detenía en seco—. ¿Estás loco? —le preguntó—. ¿Cómo puedes quererme?

Él se detuvo a su vez, tan asombrado como ella.

—¿Qué?! Pero... ¡¿qué dices?!

—¡Que me quieres! —insistió ella. Aquella «visión» había desaparecido, pero sabía que el sentimiento perduraba, ya no tan a la vista, aunque igual de vivo y real.

—Te has vuelto loca, muchacha —aseguró él—. Tus delirios de grandeza te acaban de jugar una mala pasada. —Hablaba deprisa y tenía las mejillas encendidas.

—Estás muy mono cuando te pones rojo —bromeó ella. Y esa fue la gota que colmó el vaso.

—¡Eres odiosa! —le espetó Marc mientras se llevaba las manos a la cabeza. Se alejó a grandes zancadas, indignado de verdad—. ¡Que la quiero, dice! Pero ¿¡qué te has creído!?! —Se giró hacia ella y la señaló acusador con un dedo—. ¡Por mucho que te empeñes, el mundo no gira a tu alrededor, mocosa chiflada! —Luego reemprendió la huida.

Ella se quedó allí, viéndolo marchar, con el corazón acelerado y una sensación extraña a medio camino entre la felicidad absoluta y la culpabilidad por haberse tomado a broma algo tan serio. No lo pensó. Se llevó las manos a la boca e hizo bocina con ellas:

—¡Yo también te quiero, imbécil! —le gritó. Y casi se echó a reír por el modo en que Marc se detuvo.

Ari sonrió al revivir aquella tarde mientras retomaba el peinado de su cabello. Tres años atrás, animada por el psicólogo que la trataba en

aquel tiempo, había comenzado a escribir una lista de momentos para el recuerdo, razones por las que merecía la pena seguir viva. Siempre llevaba esa lista en la cartera, una lista que, por supuesto, había ido variando a lo largo de esos tres años. La tarde en que descubrió que Marc sentía lo mismo que sentía ella ocupaba un puesto de honor en esa lista, el tercero en concreto. Ese momento abrió la puerta al tiempo de la calma, de las sonrisas y los besos.

Contempló otra vez su ojo negro en el espejo. De no ser por lo que vio gracias a él, nunca se habría atrevido a gritarle que lo quería, ¿cómo iba a hacerlo? En aquellos tiempos todavía se consideraba una rareza, casi un monstruo. Ahora, en cambio, a pesar de todas las molestias que aquella mirada desparejada traía consigo, no le quedaba más remedio que reconocer que en cierto modo le gustaba. Quizá no fuera hermosa, pero gracias a esa mirada era especial.

Única.

4

El metro bullía de gente que iba y venía. Eran muchos los que habían optado por el viaje bajo tierra para escapar del temporal que asolaba Madrid. Los pasillos, escaleras y andenes eran un trajín constante de humanidad, aunque, por supuesto, no alcanzaba, ni de lejos, los extremos de un día laboral.

Un joven bajaba las escaleras mecánicas a la carrera, saltándolas de cinco en cinco, ajeno a los gritos recriminatorios que dejaba a su paso, justo cuando el metro entraba en el andén. El muchacho se movía con una agilidad sorprendente, apoyándose en la barandilla a cada salto para ganar más impulso. El vuelo de la capa negra que vestía le daba un aspecto extraño, un aire de personaje venido de otra época.

Una mujer gritó asustada al verlo llegar mientras bajaba, casi a trompicones, las últimas escaleras. El joven aterrizó a su lado, con las piernas flexionadas y una mano apoyada con firmeza en el suelo. Miró hacia atrás y echó a correr hacia el metro entre el gentío. En ese mismo instante, dos personas situadas en lo alto de la escalera fueron

embestidas desde atrás. La primera chocó con la mujer que la precedía en la marcha, la segunda no tuvo tanta suerte y se precipitó al vacío. El impacto del cuerpo contra el suelo y el crujir de huesos al romperse obraron el milagro de que buena parte de la multitud dejara de caminar y mirara, alarmada. El caído apenas se movía. La atención del gentío en él apenas duró un segundo.

En las escaleras el caos iba en aumento. Algo estaba arrollando a la gente allí arriba, algo que nadie alcanzaba a ver lo hacía caer, saltar por los aires o los aplastaba contra la barandilla. Una niña gritó y cayó hacia atrás, con un corte en el antebrazo que había destrozado tanto la ropa de abrigo como la carne. La visión de la sangre y el alarido de la chica hicieron que la locura se apoderara al fin de todos los presentes. Comenzó la estampida.

El joven se abrió paso entre la muchedumbre, rumbo a las puertas del metro. La histeria subió de grado cuando aquella entidad invisible llegó al final de la escalera y saltó hacia delante, inmersa en el caos de gente que se atropellaba en su huida ciega. Muchos caían al suelo sin más, arrollados por esa nada violenta, otros recibían cortes de diferente grado sin que pudieran ver qué los provocaba. Un anciano voló por los aires cuando aquello, fuera lo que fuera, chocó contra él.

El chico llegó a las puertas de acceso cuando estas ya se habían cerrado. Eso no lo detuvo. De un salto potente subió al techo del vagón justo en el instante en que el metro ganaba velocidad, como si el maquinista hubiera decidido huir cuanto antes de la locura que imperaba en la estación. La gente contemplaba atónita el espectáculo tras las ventanillas, sin acercarse demasiado a ellas.

Bajo el traqueteo acelerado de los vagones se oyó un rugido de furia. Este no procedía del andén, sino de las vías. El ser invisible que había sumido el lugar en el caos había saltado allí. Muchos creyeron escucharlo correr tras el metro, aunque tampoco podían asegurarlo con certeza, no con el griterío de la gente que todavía huía aterrada, sin saber hacia dónde dirigirse y, mucho menos, de qué escapaban.

Más tarde nadie fue capaz de precisar qué había ocurrido allí. Las declaraciones de los testigos eran contradictorias y no conducían a nada; por supuesto ninguna autoridad competente dio credibilidad a

la posible presencia de una criatura invisible en la estación de metro. Las grabaciones de las cámaras del andén tampoco ayudaron a aclarar lo sucedido, ya que, durante el tiempo que duró el incidente, unas extrañas interferencias nublaron la grabación. La versión oficial hablaba de un loco que, armado con un cuchillo, había sembrado el pánico entre los usuarios del metro, dejando cuatro heridos graves y siete leves.

El hecho de que nadie pudiera precisar quién los había apuñalado o golpeado se achacó a la tensión del momento, nada que ver con entidades sobrenaturales. Lo único en que los testigos parecían ponerse de acuerdo era en la más que probable implicación en lo sucedido de un joven moreno, vestido con una capa negra y que, según comentaron varios, era tuerto. Una de las mujeres interrogadas aseguró que no era así. El joven no había perdido ningún ojo, aunque diera esa impresión, ya que uno de ellos, el derecho en concreto, era completa y absolutamente negro.